

Se cayó el niño Beto

GILBERTO ACEVES NAVARRO

Ya no quiero estar aquí!, ¡sáquenme ya!, tengo miedo, ya me quiero salir, ¡sáquenme ya! Estaba asustado y gritaba sin descanso. A mi alrededor todo era oscuro, sucio y estrecho. Hacia arriba sólo el círculo de luz tan lejos, tan imposible de alcanzar, por donde asomaban en medio de una gritería terrible los adultos. Todos decían que me calmara, que no tuviera miedo, que ya me iban a sacar. Me enteré en ese momento que el agua llegaría a esta profunda atarjea a las cuatro de la tarde. Faltaba poco y esto aumentaba el trajín de los que estaban afuera y tenía miedo de ser arrastrado sin remedio a no sé qué muladar lejano. Pensé que no volvería, que se acabaría sin remedio la luz; mi padre amenazaba con sus más de cien kilos de peso y enorme panza, con arrojarse a salvarme. Había quien quería bajar con una cuerda y subirme pero no cabían... ¿Cómo me caí?, ¿cómo llegué a estar en esta espantosa situación? Yo sólo temblaba y gritaba, ¿qué pasó?; yo venía corriendo detrás de la Rata, la Rata le decían así por chiquito, flaco, cenizo, gris y por la aguda cara de ojos brillantes y redondos. Bajábamos corriendo el bordo del Consulado, río actualmente entubado y convertido en una vía

de circulación rápida. Detrás del muchacho me esforzaba a mis cinco años por alcanzarlo. No recuerdo con qué propósito ni a qué jugábamos pero allá iba afanosamente detrás de él. A media calle vi el papel que cubría el hoyo que había quedado al romper la tapa de la atarjea un camión la noche anterior y que los muchachos más grandes habían puesto para que no se fuera la pelota con la que jugaban. La Rata lo brincó, yo no... Súbitamente, todo fue negro y feo. Recuerdo el sombrerito de palma

que mi madre me amarró a la barba con un cordoncito y que permitió que no cayera de cabeza. Me había acucillado y me abrazaba las rodillas. Ya no gritaba. De pronto, ya nadie más lo hizo y oí la voz de la abuela de la Rata, que calmada me lanzó un delgado mecate de tendero. Temblorosa, me gritó "cógete fuerte, fuerte, no te sueltes" y cogí aquella cuerda con la mayor fuerza de mi vida. Momentos después estaba en los brazos de todos. Todos gritando me cubrieron con una sábana cuya blancura dejaba pasar la cálida luz del sol. Me dieron un pedazo de bolillo mojado con leche, cubierto de azúcar. ¿Habré probado algo más dulce desde entonces? ◆

